

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et  
justitiae partes tuendas suscepistis.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet  
—Pío IX al Director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisiona-  
dos, y 15 rs. al mes y 12 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar 90 rs. trimestre.—La  
administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provin-  
cias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Tait-  
bout.—No se devuelve ningún manuscrito.

## PARTE EXTRANJERA.

### DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

(De la Agencia Fabra.)

LONDRES, 45.—En la Bolsa se cotizaban:

El consolidado inglés a 92 1/2.

El 3 por 100 francés a 50 1/2.

El 3 por 100 español a 30 1/2.

El Sr. Thiers ha llegado a París ayer.

Asegúrase que se han producido disensiones en el  
comité de Montmartre sobre la cuestión relativa a la  
entrega de los cañones.

Leemos en un periódico:

«La supresión de todos los periódicos rojos y anti-  
sociales en París por orden del general Vinoy, es la  
primera medida de salvación pública que reclama  
imperiosamente el estado de la capital de Francia.  
Si a ella sigue la reorganización de la Guardia nacio-  
nal de París, podrá verse menos oscuro el porvenir  
de la infeliz ciudad. Todos los que tienen que perder  
en Francia desean la constitución de un Gobierno  
fuerte y energico. La prensa conservadora ha visto,  
sin embargo, con disgusto la medida de Vinoy.  
Una vez más se ha probado que con las libertades  
absolutas todo orden social es imposible. La república  
de 1848 tuvo que adoptar después de las jornadas  
de Junio severas medidas contra la prensa de París,  
y ahora ha sido preciso la suspensión de todos los  
diarios rojos para impedir iguales catástrofes.  
Aunque Blanqui, Florens y otros jefes de las últi-  
mas conspiraciones han sido condenados a muerte,  
han podido salvarse en el extranjero.»

En una hoja suelta publicada anteaño por la Gi-  
ronde de Burdeos, se da la noticia de que el célebre  
Florens, preso y acusado de varios delitos, ha sido  
condenado a muerte por un consejo de guerra.

El Diario Oficial de París publica un bando del  
general en jefe del ejército de aquella capital, que  
en virtud de una ley sobre el estado de sitio hecha  
en tiempo de la segunda república, suprime los or-  
ganos más ardientes del partido demagógico, y pro-  
híbe, hasta que la Asamblea nacional levante el es-  
tado de sitio, la publicación de todo nuevo diario y  
escrito periódico que trate de asuntos políticos ó de  
economía social.

La Journal des Débats, reconociendo la ilegalidad  
de la medida, toda vez que existe el estado de sitio,  
no cree, sin embargo, en la sensatez y utilidad de  
ella, lamentándose de que sea siempre la prensa la  
elegida para pagar ajenas culpas. Se les antoja, dice,  
a unos cuantos centenares de ciudadanos de Mont-  
martre ó de Belleville apoderarse de un centenar de  
piezas de artillería, la culpa es de los periódicos.  
Nos hallamos en estado de sitio: la autoridad militar,  
que tiene todos los poderes en sus manos, vé con la  
mayor tranquilidad que un barrio entero de París  
se constituye en campo atrincherado y fortificado  
con sus cañones, sus ametralladoras y su guardia  
particular; y cuando se le ruega que cumpla su de-  
ber y ponga fin a esa insurrección permanente y os-  
censible, se revuelve contra cinco ó seis periódicos,  
la mitad de los cuales eran completamente igno-  
rados, y la otra mitad hacia por sus mismas exa-  
geraciones y violencia de lenguaje más bien que mal.

Dice La Liberté, no sabemos con qué fundamen-  
to, que al volver el Sr. Thiers a París ha encontra-  
do una carta de puño y letra de Pío IX, en la cual  
le dice que en las actuales circunstancias, cuando  
Francia es más desgraciada, solicita su hospitalidad.  
En resumen, Su Santidad desea fijar su residencia  
en Córcega. Mas parece que el jefe del poder ejecu-  
tivo rehusa, fundándose en que, para atender a la  
seguridad del Papa, tendría que establecer cruceros  
alrededor de la isla. En compensación, añade, le  
brinda con el palacio de Fontainebleau.

El partido radical de la diputación de París en la  
Asamblea nacional ha publicado un manifiesto con  
objeto de calmar la turbulencia obstinada que siguen  
oponiendo algunos demagogos en la capital de  
Francia.

Dicho documento, suscrito por Peyrat, Edmond  
Adam, Quinet, Schœlcher, Langlois, Brisson, Greppo,  
Tolain Gambon, Leskroy, Juan Brunet, Floquet, Ti-  
rard, Clemenceau, Martin Bernard, Farey y Luis  
Blanc, dice así:

«Queridos conciudadanos: La sesión de la sesión  
del 10 de Marzo demuestra con qué energía hemos  
insistido en la traslación de la Asamblea nacional a  
París. Teníamos prisa por estar él medio de voso-  
tros.

Hemos contribuido por lo menos a desbaratar el  
proyecto de dar por residencia a la Asamblea la ciu-  
dad de Fontainebleau. Intúil es añadir que si más  
adelante se llega a proponer que se cambie la resi-  
dencia en Versalles de provisional en definitiva, es  
atenido al derecho de París, única capital posible  
de la Francia, encontrarla por nuestra parte una re-  
sistencia inflexible.

Entretanto, y visto el estado deplorable en que el  
imperio ha puesto a nuestro país, creemos necesario  
evitar todo lo que pudiera dar lugar a agitaciones que  
no dejarían de aprovecharse nuestros adversa-  
rios políticos y los invasores de la Francia, acampa-  
dos todavía en su territorio.

Juzgamos además que nuestra presencia en el  
puerto que vuestros sufragios nos han asignado po-  
dría no ser inútil, ya se trate de consolidar la repú-  
blica, ya ocurra tener que defenderla.

Poner a salvo la república, apresurar la liberación  
del pueblo francés; ved aquí los dos grandes intere-  
ses del momento.

La república la serviremos permaneciendo en la  
brecha hasta que la Asamblea actual, nombrada para  
zanjar la cuestión de paz ó de guerra y proveer a  
las necesidades que resulten de su decisión, haga si-  
tío a una Asamblea Constituyente.

La Francia la serviremos evitando todo lo que  
fuese ocasionado a producir conflictos, de los que  
nuestros enemigos de dentro y de fuera, lo repeti-  
mos, no tendrían sino fuertes motivos para regoci-  
jarse.»

Escriben de París a El Tiempo:

«Los diputados de la mayoría, que son bastante  
timidos, se presentan en París y se muestran muy  
descontentos de Mr. Thiers. Por supuesto que, como  
usted comprenderá, procuran habitar cuarteles en  
los cuales la libertad no impera ó donde los 30  
súeldos, millon y medio de francos cada día, no  
sean la gran cuestión y, si se quiere, hasta la  
cuestión batallona. Estos magníficos señores, que creen

poder vencer a la revolución huyendo de ella, se  
han granjeado toda la mala voluntad de los parisienses,  
porque, como ya indiqué a Vd. en otra carta,  
la capitalidad es cuestión, no solo para la demagoga-  
ria, sino, además, para el comercio, la industria,  
los empleados, los periodistas y aun la población  
entera, que no se resigna a despojarse de un privile-  
gio que tanto halaga su amor propio y tanto oro  
le acarrea.

Estoy, pues, seguro de que, si los diputados de la  
mayoría se atreviesen a penetrar en los barrios li-  
bres, su seguridad personal quedaría bien poco ga-  
rantida. Así es que ni aun por curiosidad se atreven  
a traspasar el Chateau d'Eau. Para ellos los populo-  
sos cuarteles que, desde la Bastilla hasta la plaza Pe-  
reire, son cortados por la inmensa línea de los bou-  
levares exteriores, forman como una especie de bar-  
rera, más temible, infinitamente más temible, que la  
defendida por los prusianos.

El Gobierno continúa consumiendo todo su presti-  
gio, fluctuando siempre entre la necesidad de obrar  
con energía para mantener el orden, y el deseo de  
no apelar a la fuerza para que los terroristas, que  
todo lo quieren llevar a sangre y fuego, no puedan  
acusarlo de ser cruel ó apelar a medidas violentas.

Con Gobiernos de esta índole, los revoltosos tienen  
siempre a la mano las nueve décimas partes del cami-  
no. Como en política, como álgebra, el más por mé-  
nos de medios, M. Thiers está destruyendo por com-  
pleto el efecto de sus conatos de Gobierno con las  
inevitables consecuencias de los conatos de libertad.

Los periódicos ingleses publican, aunque con au-  
tenticidad dudosa, un tratado de alianza ofensiva y  
defensiva entre Rusia y Prusia.

No creemos que sea un hecho la conclusión de  
ese tratado; pero es indudable que los dos imperios  
del Norte tienen su vista fija en Austria, Turquía,  
Bélgica, Holanda, Suiza y Dinamarca.

Esta creencia es tan general, que de seguro In-  
glaterra, en el seno del Congreso de Bruselas, mani-  
festará la inquietud que en este momento agita a to-  
da Europa.

Sobre este punto he aquí un indicio que no care-  
ce de interés:

Un proyecto, atribuido al príncipe Baryatinski  
y recientemente publicado en Varsovia, con au-  
torización de la censura rusa, propone la creación  
de una federación slava, bajo la hegemonía de  
Rusia.

Esta federación implica la destrucción del Austria,  
que el autor del proyecto cree destinada a desapa-  
recer del mapa de Europa, y a proporcionar gloria a  
los emperadores en Rusia y Prusia.

La verdad es que después de la guerra no están  
más claros los horizontes políticos de Europa.

Dice una carta de París:

«Los partidos hoy militantes se están haciendo  
una crudiísima guerra. La posesión del poder es pa-  
ra ellos, para todos ellos, el verdadero y casi único  
ideal. La expulsión de los alemanes es cuestión so-  
cundaria, en la cual solo se piensa de oficio y en los  
pocos ratos que el pundonor roba a la embriaguez  
política.

De los republicanos rojos nada hay que decir. Se  
han cansado de esperar, y aun sabiendo que con su  
conducta retardan la salida del ejército invasor, se  
han sublevado, han constituido un gobierno y viven  
en Francia como fuera de Francia, y aun como en  
abierta lucha con la inmensa mayoría de los france-  
ses. Y está Vd. seguro de que este partido, aunque  
aparenta que cede en público, no soltará las armas  
mientras no se le conceda todo en secreto. Perderá  
la batalla, pero ganará el terreno.

Los republicanos templados, que son los dueños  
del Gobierno, desearían gobernar, pero no pueden,  
porque si ceden, son combatidos por los conservado-  
res y absorbidos por los rojos, y si resisten, serán  
combatidos por los rojos y absorbidos por los con-  
servadores....

Los orleanistas se dispersan más y más cada día.  
Está visto que en Francia no hay soldados cuando  
falta el general.

La centralización parece una necesidad para el  
carácter francés. El individuo no hace nunca lo que  
no le prescribe el Gobierno que acepta, ó por lo me-  
nos el club al cual asiste. Esto es verdaderamente  
maravilloso. No se puede ni aun comprender cómo  
hay tanta y tan terrible tendencia hacia la dictadura,  
cuando, por otra parte, se observa tanta y tan  
terrible tendencia hacia la libertad. El francés, que  
no puede menos de ser esclavo, necesita que se le  
diga y que se le haga creer que es completamente  
libre.

Los orleanistas son la más irrecusable prueba de  
lo que acabo de decir. Son muchos, pero los ha  
abandonado Thiers, les ha faltado el jefe, y como no  
pueden dar un paso sin un poder personal que los  
dirija, se han dejado dominar por el desaliento, y la  
falta de disciplina ha sido la casi completa dispersión  
de sus huestes.

Dice un periódico francés:

«El abate Testory, Canónigo de Saint-Denis, escri-  
bió una carta, reproducida por los periódicos fran-  
ceses y extranjeros, en la cual enumeraba los des-  
truyos causados en la antigua basilica por el bom-  
bardeo y por la brutalidad de los alemanes. El gene-  
ral baron de Meden, gobernador de Saint-Denis, le  
ha intimado a que se retracte, y como el anciano  
Canónigo persistiese en sostener la autenticidad de  
los hechos, ha sido encerrado en un calabozo del  
fuerte de Briche.»

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 18 DE MARZO DE 1871.

### LO QUE SE VA Y LO QUE VIENE.

Lejos de nosotros la vituperable flaqueza ó la  
malicia criminal con que los liberales proclaman  
como único derecho y exclusivo principio de justi-  
cia la ley de las mayorías, y rinden cobardes y li-  
sonjeras párias al populacho que solo vive de  
asonadas y revueltas, y que se pasea por calles  
y plazas ébrio de vino y de locura enarbolando las  
banderas de percalina de sus falsos derechos entre  
el terror y el espanto de las gentes honradas. Lé-  
jos de nosotros, que como católicos odiamos la re-  
volución y dotestamos el liberalismo, pero hay que  
convenir en que por algo se dijo con sobrada razón  
aquello de vox populi vox Dei. Y en verdad que

si el pueblo no es infalible, según lo defienden los  
liberales, hay en él ese buen sentido, ese sentido  
práctico, tan claro en los ignorantes y vulgares, y  
que parece como que se anubla para los sabios y los  
que presumen de supremas inteligencias.—No les  
preguntemos la razón de sus dictámenes y juicios,  
que no nos la sabrán dar, pero desde luego que ven  
con tal claridad y certeza que no da lugar a duda.  
Temamos sus fallos, son seguros, rara vez dejan de  
confirmarse.

Pues bien, esa voz tan poderosa, tan firme, ha-  
ce mucho tiempo que viene diciendo: «esto se va.»

El comerciante que detrás del mostrador ve pa-  
sar días y días sin hacer ni el gasto diario, y que  
los caudales se esconden y los parroquianos se ol-  
vidan del camino de su tienda, y sus compañeros  
arruinados quiebran, moviendo tristemente la ca-  
beza, dice: esto está muy malo, esto se va.

El pobre jornalero despedido por el amo que no  
tiene trabajo que darle, farto de medios, sin tener  
un pedazo de pan para sus hijos, también exclama:  
esto está perdido, así no podemos seguir, esto se va.

Excéntrase en la calle dos agentes de Bolsa;  
¿cómo ha estado hoy? Sigue bajando, contesta el  
otro; y mañana bajará más. La situación es muy  
grave; nada, señor de Fulano, que esto sin remedio  
se va.

El abogado que ve ir a menos su bufete, el mi-  
litar encanecido en el campo de batalla que se con-  
templa pospuesto a otros más audaces que él y quizá  
menos honrados; los huérfanos y viudas que se muer-  
ren de hambre mientras los situacioneros en esplén-  
dos festines consumen la sangre de esta tierra hi-  
dalga; las casas de beneficencia a punto de cerrarse  
falta de recursos; los labradores que se ven es-  
quilimados con tributos onerosísimos y escandalos-  
sos, todos a una, con el acento de la convicción,  
dicen: no hay que hacerse ilusiones, esto se va.

Los hombres honrados que miran las leyes es-  
carnecidas, los derechos concluidos, la rebeldía  
y la impudencia con pingües premios, y la insti-  
tución de la porra cuando menos consentida; el  
pensador y el político que estudian la disolución  
y el congo de los partidos; la innoble lucha de am-  
biciones desatentadas y codicias miserables, las ar-  
bitrariedades del Gobierno, las iniquidades de las  
elecciones, el descontento en alza y la situación en  
la terrible soledad del más desdichado desamparo, y  
el católico y el sacerdote que lloran la virtud ca-  
lumniada, las iglesias demolidas, las religiosas ar-  
rojadas de sus santos hogares, la prostitución sin  
velos ostentándose, el ateísmo hecho única fe, y  
único Dios el oro, todos a una respondiendo a la  
voz de su conciencia, dicen: así no podemos se-  
guir; no hay remedio, esto se va.

Y esto se va, se oye por todas partes; y si al  
paso tomamos la conversación de los que pasan a  
nuestro lado, oiremos estas ó semejantes pala-  
bras: ¿Qué hay de bueno, Fulano? ¿Qué ha de ha-  
ber en los tiempos que corren? Bueno está todo.

El día menos pensado anochece y no amanecemos  
—Sí, es verdad, tiene Vd. razón; esto se va.

Hasta el bienaventurado progresista, que después  
de haber consumido en una mesa el hondo caudal  
del presupuesto, hace la digestión recreándose con  
alguna elucubración de La Iberia, echando una mi-  
rada tristísima a los residuos de aquellos sabrosos  
manjares, y leyendo con espanto en su conciencia,  
murmura entre suspiros un desconsolador esto  
se va.

Y en efecto, esto, es decir, la situación, el li-  
beralismo, se va, se va despreciado de todos, se va  
barrido a escobazos, se va sin que nadie sea podo-  
roso a levantarlo, porque treinta años de iniquida-  
des, pronunciamientos, concusiones y despilfarros  
sobran para prueba. Se va sin dejar otras memo-  
rias que las circulares sagastinas, los bandos de  
Ulzurrun, la contrahecha estatua de Mendizábal,  
los artículos de La Iberia y la elocuencia de Co-  
ronel y Ortiz; se va sin dejar recuerdo de un solo  
hombre que despunte; porque si en la locura de  
su juventud se dejaron tantos grandes entendimientos  
extraviados, hoy, no ya de crédito, sino podrido,  
con la repulsión que causan los cadáveres, tiene  
la esterilidad de la muerte, y no ha encontrado un  
solo hombre, ni un entendimiento poderoso, ni un  
ministro que con honra haya sabido, cual en otro  
tiempo los González Brabo, defender el banco azul  
de las acometidas de las oposiciones, y solo se en-  
canece de cuatro viejos monumentos que, si han  
recordado la pujanza de ayer, enseñan la deca-  
dencia de hoy, y cuya vejez anuncia la vejez y la  
muerte del partido liberal que representan.

Decididamente esto se va. Los grandes caracté-  
res, los entendimientos más insignes lo abandonan,  
como abandonaban los Ciprianos y los Agustines  
las desiertas cátedras de Alejandría y los olvidados  
templos de los dioses, para alistarse en las  
huestes cristianas. Por mucho que un hombre ha-  
ya sido, cuando yace y está cadáver, solo queda a  
su alrededor la triste soledad de la muerte.

Pero si esto se va, algo ha de venir. ¿Qué es lo  
que viene?

Cuando una idea, cuando una doctrina está des-  
tinada a triunfar, antes que ser dueña y señora de

hecho, invade la atmósfera, la impregna de su es-  
píritu, llama a todas las conciencias, domina los  
entendimientos más ilustres y poderosos, y así  
realizada con el prestigio de su virilidad y lozanía,  
se echa en brazos de la juventud y se enseñoorea  
de ella, que cuando no está corrompida ni extra-  
viada acoge y apaluda todo noble impulso y toda  
idea generosa, y que como natural enemiga de la  
vejez, desdeña y se aparta de lo que ostenta en la  
frente las arrugas de los años, ó las tristes señales  
de sus postrimerias. Esto, que es una verdad in-  
contestable, tiene una inmediata y clara aplica-  
ción. Mientras por permisión de Dios, para casti-  
go de los pueblos prevaricadores, el azote del li-  
beralismo se mantuvo pujante, la idea regeneradora  
en lo religioso y en lo político, la idea del católi-  
cismo y de la monarquía tradicional vivía en el  
santo retiro del corazón de los españoles fieles a  
su Dios, a su patria y a la memoria de sus padres,  
aguardando que el dedo omnipotente del Altísimo  
señalase la hora. Pero la hora ha sonado ya, y la  
idea, del corazón ha salido a los labios, y corre  
por calles y plazas, por cátedras y academias, y lo  
invade todo, y se apodera de los hombres más vir-  
tuosos, y más sabios y más ilustres, y se despierta  
con nueva fuerza en el corazón de los muchedum-  
bres, y se enseñoorea de la juventud que piensa,  
estudia y promete para lo porvenir, y ya la idea  
no parece extravagante, sino muy natural y sen-  
cilla, y tiene la naturalidad de las ideas que a  
nadie extrañan, ni nadie resiste porque son ideas  
de todos.

¿Cómo ha sucedido esto? ¿Ha sido un artificio?  
No; esto es verdad, en vano es negarlo; la inocen-  
cia de un ministro revolucionario lo ha confesado  
en plenas Cortes. ¿Quién lo ha dispuesto? Nadie;  
no se debe a este ni a él otro hombre insignie; no  
se debe al esfuerzo de un gran talento, tiene raíces  
más hondas, viene el empuje de más alto, viene de  
Dios. En vano es luchar contra la fuerza de las  
cosas, y lo que ha dado en llamarse corriente de  
las ideas; en vano es alzarse contra la voluntad  
del que desde su Alto asiento rige y gobierna el  
universo mundo. En vano será acudir a persecu-  
ciones sangrientas, a destierros y asesinatos, a ar-  
dides alevosas y cobardes amañes; en vano se fal-  
sificarán actas y se anularán elecciones; sobre todo  
está la fuerza incontestable de la idea que  
viene, y a pesar de todo saldrán defensores de la  
santa fe de nuestros padres, de la tradición y de la  
monarquía hasta de las piedras, y se multiplicarán  
como se multiplicaban los cristianos con la sangre  
de los mártires.

La nueva idea, y decimos nueva, porque con  
ser tan antigua tiene la perpetua juventud de la  
verdad, se enseñoorea ya de altos y bajos; de los  
grandes ingenios, de los hombres pensadores y de  
los pueblos alocados, y tiene su más esforzado  
atleta en esa juventud que se extiende por toda  
España, que crece por momentos, que se uno  
para una común empresa, y que ha de ser algún  
día árbitro de la suerte de su patria. De esta ma-  
nera la nueva idea cunde y se propaga, y domi-  
nando el presente se hace dueña de lo porvenir.

¿Qué le queda al liberalismo? Nada. Si vuelve los  
ojos a Europa verá señales de regeneración próxi-  
ma. Derrumbanse con poderoso estrépito los tro-  
nos usurpados y aguardan otros el trance de la  
muerte; en un destierro espía sus iniquidades el  
baratero de la política moderna, y tiembla ante una  
caída inevitable su antiguo aliado el de Calabria.

Los pueblos, en tanto, vueltos hacia Roma, protes-  
tan del despojo inlcuo, y emprenden en inmensas  
multitudes devotas peregrinaciones que recuerdan  
los mejores siglos de los tiempos medios. La reac-  
ción se ve, se oye, se toca, está en todas partes,  
nos rodea ya a todos, y dos palabras de vida lle-  
gan a oídos de los pueblos muertos cual la trompe-  
ta de una resurrección gloriosa; estas dos pala-  
bras son, catolicismo y monarquía cristiana.

F. B. S.

## ALEJANDRO VI.

Si bien nos habíamos propuesto dar por termi-  
nada la polémica que acerca de este Sumo Pon-  
tífice hemos sostenido con El Imparcial, el deseo  
de que nuestros lectores conozcan la siguiente car-  
ta con que nos favorece un respetable Sacerdote  
de Palencia, nos obliga a faltar a nuestro propó-  
sito. Seguros estamos que después de leído el es-  
crito de nuestro amigo, ha de agradecerse que  
hayamos dado a luz este nuevo testimonio de la  
ignorancia y ligereza de los detractores de Alejan-  
dro VI.

Hé aquí la carta:

Señor Director de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

May señor mío: acabo de ver en el número del  
periódico que Vd. dignamente dirige, recibido hoy,  
un artículo refutando otro de El Imparcial, en  
el que este diario reproduce la acusación de simo-  
nía en contra de la elección de Alejandro VI.

Aunque la impugnación de EL PENSAMIENTO es  
victoriosa, permítame Vd. aducir en su corroboración  
algunos datos y consideraciones.

Basta leer el artículo de El Imparcial para co-  
nocer que el fundamento de sus aserciones es el

Diarium de Burcard, cuyo escaso valor histórico  
ha hecho oportunamente notar EL PENSAMIENTO.  
En efecto, aunque sin señalar la fuente de donde  
ha tomado los datos, El Imparcial dice que Ro-  
drigo de Borgia pagó los votos de varios Cardena-  
les de la manera siguiente: Al cardenal Orsini le  
dió su palacio de Roma con sus dos villas de  
Monticello y de Soriano. Al Cardenal Sant An-  
gelo el Obispado de Porto con el mobiliario y la  
«bodega». Al de Parma la ciudad de Nepi. Al de  
Génova la iglesia de Santa María in Via Lata.  
Al Cardenal Savelli, la iglesia de Santa María  
Mayor y la ciudad de Civita Castellana. Al Car-  
denal Ascanio Sforza, por los nueve votos de que  
disponía en el Cónclave, cuatro millos cargados de  
dinero y vagalla de plata, de la cual había de dar  
cuatro mil ducados al Cardenal Patriarca de Ve-  
necia. Añade el periódico liberal, que «los Car-  
denales de Nápoles, de Siena, de Portugal, de  
Santa María in Portico y de San Pedro ad vin-  
cula protestaron contra la elección, y que al día  
siguiente de ser depositado en su tumbal Alejan-  
dro VI, apareció en ella este epítalo:

«Vendit Alexander claves, altaris Christum,  
Emerat illi prius, vendere jure potest.»

Por lo que toca a este epítamo, El Imparcial,  
que tanto la echa de maestro en la historia del ca-  
lumniado Pontífice, debía saber que es del poeta  
Sannazar (Epigrammata, lib. II) cortesano de la  
casa de Aragón, enemigo de los Borjas, y que fué  
escrito algunos años después de muerto el Pontifi-  
ce, no en la ocasión que dice el diario cimbrio.  
Mas la conformidad entre el relato de El Impar-  
cial, por más que no esté sacado directamente del  
original, y el de Burcard, no puede ser más evi-  
dente. Véase en comprobación el texto íntegro de  
este autor que ha servido de fundamento para que  
todos los enemigos de los Papas lancen la acusa-  
ción de simoníaca contra la elección de Rodrigo de  
Borgia.

«El año 1492, el 2 de Agosto por la mañana,  
«dice Burcard (Diarium ad an. 1492), fué nom-  
brado Papa con el nombre de Alejandro VI Ro-  
drigo de Borgia, vice-canciller. Inmediatamente  
distribuyó sus bienes: al Cardenal Orsini su  
palacio, y los castillos de Monticeli y de Soriano;  
al Cardenal Ascanio la vice-cancillería; al Car-  
denal Calonna, la abadía de Lubico, con todos  
sus derechos feudales perpetuamente para él y  
su familia; al Cardenal Sant Angelo el obispado  
de Porto, con el castillo, su mobiliario, y entre  
otras cosas, una bodega llena de vino; al Carden-  
al de Parma, el patronato de Nepi. El Cardenal  
de Savelli tuvo la ciudad de Civita Castellana y  
la iglesia de Santa María la Mayor. Dicese que  
distribuyó entre los demás muchos miles de ducados;  
quien salió mejor fué un monje blanco ve-  
neciano, recientemente promovido al cardenalato,  
el cual recibió cinco mil ducados de oro por  
su voto. Conoció esto en Venecia, se obligó al  
Cardenal a rehusar todos los frutos de sus bene-  
ficios, con prohibición de concederlos jamás nin-  
gun otro. Solamente cinco Cardenales no quise-  
ron recibir nada, los de Nápoles, Siena, Portu-  
gal, San Pedro y Santa María. Estos Prelados  
pidieron que los votos debían ser dados y no ven-  
didos. Se dice también que antes de entrar en el  
Cónclave, para captarse el voto de Ascanio y de  
los suyos, envió Borgia cuatro millos cargados de  
plata al palacio Sforza, bajo el pretexto de po-  
nerlo en seguridad durante el Cónclave, cuya  
«señalada fué dada a Ascanio por su voto.»

Tal es la traducción literal del texto de Burcard  
que han respetado todos los historiadores, y cuyas  
principales aseveraciones copia con tanta fruición  
El Imparcial. Pero la verdad es que no hay en él  
una palabra aceptable, y que contiene tantas san-  
decas y mentiras como afirmaciones.

Ante todo bueno será advertir que este pasaje,  
aunque atribuido comúnmente a Burcard, testigo  
ocular, y por consiguiente autorizado é irrefragable,  
según los enemigos del Pontífice, no pertene-  
ce a dicho autor, por más que se encuentre en las  
decisiones impresas de su Diarium. Sabido es que  
ninguna de estas ha sido hecha por el original, que  
no existe; que las de Leibnitz y de Ecard, que  
han servido de norma a las demás, se han verifi-  
cado por copias incompletas, según confesión de los  
mismos que las han publicado, diferente la una de  
la otra, con notables y manifiestas omisiones é in-  
terpolaciones; y que una y otra edición han sido  
hechas por protestantes, y con arreglo a manu-  
scritos existentes en bibliotecas protestantes de  
Wolfenbütel y Berlin (Biographie universelle  
Art. Burcard). Dicho pasaje falta en los manus-  
critos del Diarium de Burcard que se conservan  
en Roma y en París; y en cambio, se halla pala-  
bra por palabra en el Diarium urbis Romae, pu-  
blicado por Ecard en su Corpus historiarum Me-  
diæ ævi, tomo II, de que es autor Estéban Infes-  
sura, contemporáneo de Burcard, pero que no fué  
testigo ocular de la elección. Pero sea de esto lo  
que quiera, no hay inconveniente alguno en dar  
por evidente la autenticidad del texto citado, por-  
que, como hemos asentado, no hay en él una sola  
palabra verdadera.

En primer lugar, Alejandro no fué elegido el 2  
de Agosto, sino el 11 por la mañana. Los fune-  
rales de Inocencio VIII, muerto en 25 de Julio, tu-  
vieron lugar el 8 de Agosto; el cónclave no pudo,  
por tanto, abrirse hasta el 9, y habiendo durado  
dos días, no terminó hasta el 11. Burcard, pues,  
es inexacto en este particular, y está en contradic-  
ción con sus contemporáneos, en particular con el  
escritor anónimo citado por los Bullaneros (Conci-  
tus historiarum ad catalog. pontificum), que se  
halló presente a la proclamación de Alejandro,  
como asegura él mismo: Dum ingredebatur eccle-  
siam, eram ego altari majori vicinus, y con lo  
que dice el mismo Imparcial. Lo restante del texto  
de Burcard deja bien conocer, que si en efecto es  
él el autor, lo ha escrito bastante tiempo después;  
de modo que su memoria no le ha sido fiel. En  
cambio, su imaginación no ha sido más feliz.

Supone Burcard que Alejandro compró los votos  
de todos los Cardenales, menos los cinco, que sin  
duda no votaron en su favor. Aquí hay dos errores



manifestos. Si de los veintidos Cardenales, que fuera de Rodrigo de Borja, asistieron al conclave, pretendiendo Borgia que solamente votaron por aquel diez y nueve, se equivoca. De los cinco que cita como disidentes, solo dos no votaron por Rodrigo, los de Rovere y de Portugal. La historia dice expresamente que los otros tres votaron en su favor; así lo asegura Pablo Jovio (*Hist. de Leon X*), cuyo testimonio no será sospechoso para nadie de favorable al Pontífice. El manuscrito anónimo que antes hemos citado, Bzovius (*ad ann. 1492*) y el autor de la *Histoire des conclaves*, t. I, aseguran lo mismo. Paulo Jovio añade que Alejandro fué elegido por *accesión*, lo cual fué motivo de que los Cardenales de Nápoles, Siena y Médici, aunque poco afectos al elegido, arrastrados por el impulso general, se vieran obligados a darle sus votos. El Cardenal de la Rovere y el de Acosta hicieron lo mismo? Aunque el anónimo citado por los Bolandistas dice que Alejandro fué elevado por unanimidad, no existen datos bastantes para resolver esta cuestión.

La oposición, por otra parte, se explica fácilmente. Julian tenía contra Rodrigo agravios muy recientes, pues había manifestado con demasiado ardor en su presencia y en la de Inocencio VIII su disgusto, porque este, poco antes de morir, encargó a Rodrigo el mando del cardado de Sant'Angelo, pero estos agravios eran puramente personales, pues los demás Cardenales de la familia de la Rovere (Domingo y Basso) votaron por Borgia, sin que Borgia los acusase de haberse vendido. El Cardenal de Portugal, así se llamaba a Acosta, representaba intereses políticos contrarios a los de España, de los cuales suponía partidario a Borgia. Los sucesos le hicieron ver que se engañaba; pero por eso no se explica menos su oposición al verificado la elección. Nada tiene que ver, pues, la simonía, en la conducta de estos Cardenales; y su pretendido desinterés es un chiste de mal gusto inventado por Borgia.

Los Cardenales de Siena, Nápoles y de Médici no merecen tampoco las alabanzas que Borgia les prodiga. Aún podríamos añadir que al alabarlos el cronista les injuria más que si les acusara de haberse vendido. Han protestado contra la simonía respondiendo altivamente que los votos se dan, pero no se venden, y a pesar de tamaña oposición votan al mismo que tan damente han increpado! No es un sarcasmo, después de esto, presentar a estos Cardenales como hombres de talento y de virtud? Ni han sabido aprovecharse de las circunstancias ni obedecer a su conciencia: son a la vez ineptos y culpables. Felizmente la historia no ha ratificado el juicio de Borgia, y ha conservado para Pío III, Leon X y su colega la reputación de integridad y sabiduría, desechando con desprecio las miserables insinuaciones del libelista.

El *Diario* no es más feliz al hablar de la vanidad de los demás Cardenales y del precio con que les fué pagada su infamia. Pero esto exige carta aparte, pues esta es ya bastante larga.

De Vd. afectísimo y seguro servidor Q. S. M. B.,

E. M.

Por demás sabido es que los progresistas están de vencida desde que murió el general Prim. La unión liberal los ha dominado, y a vuelta de condescendencias y concesiones, los unionistas son y seguirán siendo el elemento principal del Gobierno revolucionario. Esto se ve más claro atendido el resultado de las elecciones, en las cuales se prometían los progresistas mayoría absoluta. No es grande la de los tres partidos constitucionales juntos; pero aislados los progresistas y aun con el concurso de los cimbrios, se quedan en considerable minoría. Signese de aquí que para poder ir trampeando, los amadeístas necesitan vivir unidos, lo cual vale tanto como decir que progresistas y cimbrios tienen que resignarse a permanecer bajo la tutela de los unionistas, o sea de ser arrollados todos por la oposición anti-dinástica.

Esta perspectiva desconciata a los radicales, por más que su interés les aconseje el disimulo y se dan aires de satisfechos. Pero algún periódico radical ha empezado ya la guerra, con motivo del éxito de las elecciones, y la segunda *Iberia*, ó sea *La Revolución*, la vuelve a emprender contra los unionistas. Esto, como dice un periódico, puede significar, ó que el director de *La Revolución* tiene gana de que le destierran, como ya estuvo a punto de que le sucediera, ó que recibe inspiraciones de algún personaje de la situación, y acaso de algún ministro.

El caso es que *La Revolución*, en un artículo que intitula *No más farsas*, viene tronando contra la conciliación ministerial y contra los unionistas en vista del resultado de las elecciones, y después de decir que después de la muerte del general Prim le correspondía la jefatura del partido radical al Sr. Ruiz Zorrilla, continúa:

«Pero este hombre político, cándido por demás, se entregó, por lo visto, sin reserva alguna a esa turbulenta fracción que se ha dado en llamar moros fronterizos, y cayó en la celada de consentir la formación de un ministerio de esp. onaje que solo podía ser útil a los planes de los unionistas.

Si, señores ministros radicales, de espionaje, porque cada departamento tiene un subsecretario, que representa principios y aspiraciones opuestas a las de sus respectivos jefes. ¿Y a este ministerio os habéis atrevido a apellidarle de conciliación?

Las conciliaciones solo se conciben en actos dados y en circunstancias de grandes crisis; mas para que en estas circunstancias den el fruto apetecido, es de absoluta e indispensable necesidad que las conciliaciones sean sinceras....»

Hace luego varias consideraciones análogas a las anteriores, y prosigue:

«Con semejante absurdo político, como es el ministerio de conciliación para dirigir unas elecciones, habéis conseguido lo siguiente:

El verdadero partido radical, el radicalismo puro, tiene perdida la elección.

Son 387 los diputados que han de constituir el nuevo Congreso, si nuestra memoria no es infiel, los que llamamos ministeriales, contando progresistas, unionistas dinásticos y demócratas, suben a la cifra, según los datos publicados hasta hoy, a unos 200, y las oposiciones no bajarán de 173, a pesar de las coacciones y arbitrariedades que dicen habéis cometido.

«Hasta en esto habéis estado desgraciados! ¿Teneis encima el *sambenito* de los reaccionarios sin haber obtenido para vuestro partido las ventajas que ellos sacaron para el suyo? ¡Todo aquello! ¡Todo aquello! es lo que se encuentra en nuestros actos de ministros conciliados!

Diciendo los ministeriales de pega para el radicalismo puro, se entiende, y 173 los de oposición....»

Por último, dirigiéndose a sus amigos radicales, dice:

«Después de haber obtenido tan fatal resultado para el verdadero partido radical, los progresistas demócratas que ocupan el ministerio han tenido que pasar por la vergonzosa humillación de entregar el poder a una fracción que estaba vencida por la opinión del país y en las esferas del mando: Han llevado el vacío en derredor del verdadero partido liberal:

Producido el indiferentismo en los radicales que no ven los sucesos por el prisma del presupuesto:

Hacer populares ideas e individuos que condenaban el sentido común.

Introducir el desorden en los ramos de la administración y de la política:

Provocar monstruosas coaliciones que pueden poner en peligro todos los intereses creados por la revolución.

Han pasado también por la humillante concesión de rodear al monarca, cuya traída costó la vida al nunca bastante llorado conde de Reus, de elementos que fueron, son y serán siempre contrarios a la revolución.

Habéis hecho, ministros radicales, unas elecciones infructíferas para la libertad, después de haber provocado en el país una perturbación que no tiene ejemplo en los fastos electorales, y salpicado de sangre los colegios.

Habéis despertado y satisfecho injustas ambiciones que ruborizan a los rostros menos vergonzosos, mientras que teneis en la miseria a los verdaderos liberales, a los que han arrojado por la ventana toda su fortuna en pro de la libertad, y espuesto cien veces su vida para entregaros un poder que no solo no habéis desempeñado dignamente, sino que lo habéis entregado en manos de la reacción.

Presentasteis como candidatos para diputados a Cortes a sujetos que eran antipáticos para la gran masa de electores del partido radical.

Pusisteis los derechos del pueblo en manos de hombres que le fueron traidores cuantas veces se les presentó la ocasión.

Teneis en peligro una dinastía que a tanta costa pudo hacer triunfar el patriotismo y la energía del malogrado general Prim.

Y por último, habéis provocado con vuestros absurdos políticos, una guerra civil que nadie es capaz de calcular sus consecuencias.

He aquí también, ministros radicales, el fruto de vuestra debilidad al consentir y aceptar puesto en un ministerio que llamais de conciliación sin serlo....»

Como se ve, desde el punto de vista progresista-democrático, y aparte de las exageraciones consiguientes, no le falta razón al periódico radical. Por desdicha de los suyos, sus lamentos y voces de alerta no pueden alterar la naturaleza de las cosas, y los progresistas y cimbrios tendrán que aguantar el dominio de la unión, hasta que todos juntos perezcán.

Nuestros lectores tienen noticia de los abusos, ilegalidades y escándalos cometidos en el distrito de Alcañiz por algunos amigos del Gobierno, y de que los Sacerdotes fueron arrancados del confesionario por la Guardia civil para llevarlos presos. Sin duda para mitigar el mal efecto de las tropelías llevadas a cabo en aquel distrito y en casi todos los de España, *El Imparcial* dice hoy que el acta de Alcañiz acompaña una protesta en que se hace constar que algunos electores han recibido en el confesionario papeletas con candidaturas.

Ante todo no creemos el hecho sin que se nos pruebe; y aun después de probado habríamos de decir a *El Imparcial* que es completamente falso el escándalo que manifiesta de que un Cura repartía candidaturas en el confesionario cuando consiente y aplaude que las autoridades que pueden meter en la cárcel a Curas y a seglares, hagan cosas más graves en las elecciones que repartir papeletas.

¿Por ventura ignora *El Imparcial* que el gobernador de Pontevedra tuvo que acudir los días de elecciones al distrito de Cambados en auxilio de su propietario el Sr. Gasset y Artime, según manifestó *La Epoca*? ¿Por ventura *El Imparcial* no quiere acordarse de los arduos puestos en juego por algunos amigos de la situación en el mismo distrito de Alcañiz?

Parécenos que ya es hora de que cesen las farsas y los fingidos aspietos. Nosotros negamos el hecho que denuncia *El Imparcial* interin no se nos pruebe; pero aun cuando se nos demuestre de una manera incontestable, negaremos siempre a *El Imparcial* el derecho de escandalizarse y de calificar el acto de coacción. Ante las inauditas, descaradas y escandalosas coacciones de algunos amigos del Gobierno podrá haber en los oprimidos actos de legítima defensa; coacciones nunca. Téngalo entendido *El Imparcial*, a quien su ministerialismo coloca muy por debajo del nivel de los *Heraldos*, *Españoles* y demás periódicos célebres en los fastos del periodismo servil y ministerial.

La revolución y sus periódicos que, si tuvieran un átomo de decoro, deberían avengonzarse del estado de miseria a que ha reducido al Clero de España, despojándole violentamente de sus legítimos derechos y negándose con notoria injusticia a pagarle la pequeña indemnización concordada, tienen el vituperable valor de añadir a la violencia el insulto, y de burlarse de la víctima de sus desafueros.

*La Iberia*, en un artículo que inspira indignación, dice que el Clero se forma no por vocación sino por necesidad, porque los padres destinan a uno de sus hijos a seguir la carrera eclesiástica, para que sirva de apoyo a la familia.

¿Qué apoyo puede prestar en la actualidad un clérigo fuera del apoyo que se funda en la virtud? ¿Hay clase más pobre, más desatendida y aun perseguida que la clase eclesiástica?

En época en que muchos sacerdotes han debido refugiarse en el seno de su familia, y otros acudir a la caridad pública para no morir de hambre, afirmar, como lo hace *La Iberia*, que se buscan ventajas temporales en una carrera que solo ofrece privaciones y sacrificios, es una burla irritante, un sarcasmo que solamente por caridad cristiana puede sufrirse.

Que semejantes calumnias se propalaran en otro tiempo cuando en España había más piedad y era respetada la justicia, cosa es de lamentar, pero que se comprenda; mas ahora.... calle *La Iberia*, y deje en paz a las familias cristianas y a los jóvenes que, a pesar de tantas contradicciones como se les oponen, siguen valerosamente la vocación sagrada, ya que es incapaz de comprender la fe y el heroísmo que se necesita para aspirar al sacerdocio, en donde imperan los progresistas.

Parécenos que *El Universal* se pasa decididamente a la oposición. Desde que ha sabido que una de las primeras cosas que hizo D. Amadeo al llegar a Alicante fué oír Misa, está furioso, y ya le han dado ganas de salir tronando contra tamaña ofensa a los buenos usos de la libertad. No lo ha hecho hasta ahora, no sabemos por qué: quizá por no perder los destinos; pero así y todo, no podrá soportar por más tiempo su silencio, cuando sepa que D. Amadeo ha hecho una visita a un convento de monjas y ha hablado con la superiora. Esto ya no se puede sufrir, y es preciso que *El Universal* exclame: ¡para qué hemos hecho la revolución?

En esta visita de D. Amadeo al monasterio de Santa Paz, ocurrió, según una carta que publica *La Iberia*, un incidente muy curioso. La superiora del convento manifestó a D. Amadeo que deseaba hacerle una súplica. Suponemos que él otorga-

ria benévolamente la licencia, y aun acaso le prometería, como es uso y costumbre en tales casos, concederle lo que solicitase. Entonces la superiora pidió permiso para que profesara una novicia que está hace tiempo en el convento.

Aquí fueron los apuros de D. Amadeo: él quizá deseaba ser galante y generoso, tanto más cuanto que la petición no podía ser mas humilde; pero ¡oh destino de los monarcas a la modernidad! Don Amadeo respondió a la abadesa: «Señora, no hay nada de lo dicho: me es imposible complacer a usted. Soy monarca constitucional, y nada puedo hacer. Tengo ministros responsables y ellos dispondrán lo que les parezca.»

La piadosa señora se quedaria asombrada. ¿Cómo! ¿este señor no puede conceder una cosa tan sencilla? ¿Pues no dicen que es el Rey?

May en su lugar estarían tales dudas en la superiora, si por acaso las tuvo: pero el Sr. Martos se las desvaneciera diciendo: «Madre Abadesa, este señor es la menor cantidad de rey posible.»

En este país, donde para los revolucionarios es legítimo y bueno el concubinato legal, ó sea matrimonio civil, es natural que sea vergonzoso y vituperable el matrimonio verdadero, el celebrado como Dios manda.

*El Debate*, periódico de buen tono, entre los de la situación, increpa duramente a otro periódico porque a doña María Victoria «la llama sin avergonzarse *esposa de D. Amadeo*».

¿Con que es cosa que debe avergonzarse decir que una señora es mujer de su marido, ó un hombre marido de su mujer? Nunca lo hubiéramos pensado.

Pero la moralidad revolucionaria, por lo visto, se subleva ante la idea de un matrimonio no celebrado ante el juez municipal. Si D. Amadeo estuviera casado civilmente, entonces no avergonzaria, sería muy honroso para los liberales, y especialmente para *El Debate* decir que doña María Victoria era su esposa. ¿No es así?

«Una minoría organizada y fuerte va a las Cortes, una minoría irreconciliable que en todos tonos y en todos lugares ha dicho claramente que lo que quería era la destrucción de lo que defiende y ampara el Gobierno constituido;

«Es así que el Gobierno tenía en las provincias en que los opositores habían triunfado gobernadores, policía, órden e influencia oficial;

«Luego en aquellas provincias el Gobierno no ha intervenido en nada.»

De este modo discurre un periódico progresista, sin reparar que de esta suerte acusa al Gobierno de haber abandonado los intereses del partido que representa, y que se expone a que algún lector le replique de mal humor: *quod nimis probat, nihil probat*.

Nosotros, retoricando el argumento, diremos con más razón:

«Varias provincias envián a las Cortes diputados que en todos tonos y en todos lugares se han declarado enemigos de lo que defiende y ampara el Gobierno constituido;

«Es así que el Gobierno hizo cuanto pudo para impedir el triunfo de la oposición;

Luego en esas provincias el Gobierno carece de influencia, aunque tenga en ellas gobernadores y policía; luego el espíritu público en las mismas es tan contrario al órden de cosas existente, que el Gobierno no ha podido evitar la derrota a pesar de la policía, de los gobernadores y de la influencia de que dispone siempre quien tiene a sus órdenes la fuerza pública y los destinos y la administración y otros mil resortes.»

O bien siguiendo de otra manera el argumento, podríamos decir así:

«En varias provincias ha triunfado el Gobierno; es así que el Gobierno tenía gobernadores, policía, seguridad personal e influencia oficial, cosas de que carecían las oposiciones;

Luego el triunfo del Gobierno se debe a aquellos elementos, sin los cuales no habría vencido en ninguna parte.»

Es mucha frescura la de los periódicos ministeriales. Cuando cada pueblo ha sido testigo de hechos incalificables; cuando no hay español de siete años para arriba, que no esté escandalizado de los amañados electorales puestos en práctica por los amigos del Gobierno, cuando los que residimos en Madrid sabemos los consejos, los acuerdos, las órdenes y los esfuerzos de todo género hechos para sacar a salvo la situación, parece mentira que haya quien se atreva a decir en público que han sido libres las pasadas elecciones.

Doña María Victoria ha ido directamente desde Rosas a Alicante, sin acercarse al hermoso litoral de Cataluña y Valencia, y hasta cierto punto es extraño. Los ministros de D. Amadeo, que nos cuentan en la *Gaceta* el entusiasmo que los hijos de Víctor Manuel causan en las poblaciones españolas, no hubieran hecho nada de más disponiendo que doña María Victoria honrase con su visita a los habitantes de Barcelona, Tarragona, Castellón y Valencia, que estarían dispuestos a festejar y aclamar la monarquía de los 191. Con esto, por otra parte, doña María Victoria hubiera tenido el gusto de ver nuestras hermosas ciudades de la costa de Levante.

Pero sin duda era tan grande la impaciencia de los alicantinos, preparados hace tiempo para hacer espontáneamente una gran recepción a la señora princesa, que la escuadra en que ella venía ha cruzado rápidamente a la vista de aquellas ciudades, como si hubiera querido esquivar las muestras de entusiasmo que hubieran dado sin duda alguna.

Cuéntase que D. Amadeo, al día siguiente de haber llegado a Alicante, se levantó muy temprano, fué a visitar la Santa Faz de la ermita que hay en aquella población, y dió una suma para el culto del santuario.

Los diarios ministeriales lo cuentan.... y no se enfadan. ¡Si pensarán en que todo habrá de volver a ellos el día de la incautación de la ermita de Alicante!

Lo curioso del caso es que esos periódicos copian en el mismo número en que esto dice el suelto de *El Imparcial* pidiendo la traslación de la parroquia de San José a las Salesas para derribar aquel hermoso templo y vender el solar por algunos millocejos!

¡Vamos, que a este precio ya pueden los diarios ahistos tolerar la limosna que su rey hizo a la ermita de Alicante!

Los temores de los revolucionarios de Florencia no disminuyen. Las correspondencias de aquella ciudad aseguran que los carceleros del Papa no tienen confianza en conservar a Roma, y antes, por el contrario, manifiestan inquietudes respecto de los sucesos futuros que presienten han de ser-

les desfavorables. La escuadra acorazada, según dicen nuevamente de Florencia, continúa en las aguas de Gaeta con un doble objeto: intimidar al bey y evitar el desembarco de una *crusada* en favor del Papa.

Además, el Sr. Toscanelli decía el día 10 en la Cámara de los diputados, que el Gobierno ignoraba si había hecho bien ó mal resolviendo la cuestión romana en la forma que lo ha hecho. A esto el Sr. Lanza pidió la palabra y protestó contra el aserto del Sr. Toscanelli, diciendo que este señor había soñado; pero el Sr. Toscanelli sostuvo que el presidente del Consejo había pronunciado las frases repetidas por él. Entonces el Sr. Lanza manifestó cuáles eran las frases a que el Sr. Toscanelli aludía, y cuál fué el sentido que les dió. «He dicho solamente, añadió, que el Gobierno había cumplido, bien ó mal, la gran empresa de la reivindicación de Roma.»

Este bien ó mal, ¿no indica, por ventura, que además de conocer el Gobierno florentino que ha pecado usurpando los Estados Pontificios, teme no haberlo hecho con la suficiente cautela y precaución? Parece que sí: en otro caso, no se concibe en qué sentido ha dicho el Sr. Lanza que la conquista de Roma estaba hecha, bien ó mal.

Mal hecha está, en efecto. El Gobierno florentino, además de haber cometido una felonía, no ha asegurado el fruto de su iniquidad. Es verdad que esto no podía hacerlo; porque puede edificarse sólidamente sobre arena.

No hemos podido leer sin la mayor indignación esta noticia en las columnas de *La Epoca*:

«Las provincias Vascongadas están en desgracia. Parecía que, levantado el estado de sitio, habían cesar las persecuciones y abusos de fuerza, mas no ha sido así. El domingo último fueron sacados inopinadamente de la cárcel de San Sebastián el Cura párroco de Azpeitia D. Agustín Jauregui, el Presbítero Sr. Elorza y otros tres, y llevados al presidio de Valadolid, donde el lunes por la mañana hicieron su entrada, en medio de los asesinos y ladrones que abundan en aquel establecimiento.»

Nos consta de una manera indudable que el Consejo Supremo de la Guerra por unanimidad propuso al Gobierno, de acuerdo con el fiscal togado, a cuyo dictamen se adhirió el fiscal militar en nombre de la justicia y de la humanidad, entre otras cosas, que debía inclinarse el ánimo de D. Amadeo, a fin de que conmutase en destierro la condena de prisión correccional que tiene impuesta el Presbítero D. Agustín Jauregui, y de que indultase de todas las condenas que tienen impuestas los también Presbíteros D. José Ignacio Elorza y D. José María Garcárenas, el sacristán lego José Joaquín Abolín, el propietario D. José Vicente Elorza y los carpinteros José María Uria y José Luis Berestain.

Si no estamos equivocados, este proceso ha sido el que ha dado margen para que el Consejo Supremo de Guerra en el mismo informe proponga la formación de causa al auditor de Vitoria, y al fiscal del consejo de guerra de San Sebastián y que se castigue con dos meses de castillo a los vocales. Parécenos que al pedir la conmutación de pena para uno de los reos y completo indulto para los demás, claramente da a entender el alto cuerpo militar los vicios e ilegalidades del proceso, ilegalidades y vicios que se confirman con la petición de que se forme causa a los jueces.

Sin embargo, lejos de hacerse lo que propone el Consejo Supremo de la Guerra, los condenados han sido ya trasladados a presidio y confinados con ladrones y asesinos, por sacar quizá una *venganza electoral*, según textualmente dice *La Epoca*.

Nos faltan palabras para calificar esta conducta, y seriedad para hablar del asunto. En tiempos que los charlatanes políticos llaman del absolutismo, los reyes hababan la cabeza ante las decisiones de los altos cuerpos consultivos, y se cuentan muchos casos en que estos no cumplían las órdenes del monarca, pero ninguno en que el monarca despreciara el fallo de su consejo. Hoy las cosas han variado porque somos libres; hoy no sabemos si un ministro ó un gobernador ó un alcalde, contra lo terminantemente informado por el Consejo Supremo, en asunto particular y con perjuicio de tercero, ejecuta una sentencia, cuyos jueces deben estar a estas horas sometidos a la acción de la justicia como prevaricadores.

Tendrá que ver, volvemos a preguntar, la dimisión del Sr. Urbina, fiscal togado del consejo, con este escandaloso asunto? No lo sabemos.

«Desgraciada sociedad en la que la honra y la vida de los ciudadanos no tienen otras garantías que las que se deducen de los hechos referidos! ¡Esta sociedad está perdida sin remedio!

Leemos en un periódico las siguientes noticias respecto de las obras de transformación del ex-monasterio de las Salesas en palacio de Justicia:

«Están casi terminados los planos para la instalación de todos los tribunales de justicia en el edificio de las Salesas. El Tribunal Supremo ocupará la parte del edificio que mira al Norte; al Este la audiencia del territorio, y los juzgados en el patio contiguo a la iglesia.

Los gastos para esta reforma se harán con cargo a los productos en renta de los terrenos contiguos al edificio, cuyo valor no baja de 20 millones.»

A este párrafo hace *La Epoca* el siguiente oportuno comentario:

Los gastos de esta reforma no se pueden hacer con cargo a los productos en venta de los terrenos antiguos al edificio, sin que se cometan cuatro ilegalidades.

La ley de contabilidad prohíbe la existencia de fondos especiales para gastos determinados. El ministerio de la Guerra ha dispuesto de los productos de unas ventas para arreglar el solar que se está edificando en su edificio, porque una ley le ha autorizado expresamente para ello. Ninguna ha autorizado lo que se está haciendo en las Salesas.

La misma ley de contabilidad manda que no se arbitren recursos ni se decreten gastos sino en la forma que sus artículos establecen, la cual no ha sido observada en este punto.

Las leyes de desamortización determinan la manera de proceder a la venta de los bienes nacionales; la cual es incompatible con destinar al palacio de Justicia el producto de los solares que fueron de las Salesas.

Y las leyes hechas en tiempo del Sr. Figuerola sobre contratación de empréstitos, han hipotecado los pagares de los compradores de bienes nacionales, cuyo producto, por lo tanto, no puede invertirse en el arreglo del citado edificio.»

*Las Novedades* publica un artículo, titulado *Calatismo ó agonía*, con el cual, salvadas las doctrinas y las apreciaciones de partido, estamos conformes.

Se refiere a la situación.

La lucha entre unionistas y progresistas no tardará en manifestarse. En otro lugar hablamos de este asunto, copiando en otro lugar un artículo que

contra la unión liberal escribe *La Revolución*. Pero más importante que lo que dice este periódico progresista, tienen sin duda las siguientes noticias que dan de Madrid al *Diario de Zaragoza*:

«Ulloa, después de conocido el resultado electoral, manifiesta más decididamente sus deseos de alzar de la subsecretaría de Gracia y Justicia al señor don Manuel Leon Moncasti, y hace público, que ni sirve, ni posee la ilustración indispensable para tan importante puesto, y añade el ministro de Gracia y Justicia, que si por conspirar hubo necesidad en los primeros días de la revolución de dar grandes sueldos y empleos a Abascal, Vicente Rodríguez y Moncasti, por más que se reconociera su incapacidad no toria, hoy ya no se pueden consentir esas imposiciones.

Esto, además de repetirlo con frecuencia el señor Ulloa, lo ha indicado en uno de los últimos consejos de ministros, añadiendo, que su predecesor Montero Rios tuvo que encargarse a D. Crispulo García Gómez de la Serna, fiscal de la Audiencia de Madrid; a D. Augusto Comas, catedrático de la Universidad; y al Sr. Grotzart, regente de esta Audiencia, la reforma del Código penal, las leyes del matrimonio y del registro civil, la del recurso de casación para lo criminal y otras leyes, porque ni el subsecretario, ni los oficiales de Gracia y Justicia entendían de esas cosas, y después de sufrir otros hechos, terminó el ministro de Gracia y Justicia diciendo a sus compañeros, que habiéndose suscitado una consulta, preguntando, si una ley, que fué sancionada en Junio último, pero no promulgada hasta Setiembre del pasado año, debía regir en sus efectos desde la primera ó desde la última de las fechas, y a pesar de que la resolución no es difícil, ni mucho menos, pues se sabe que las leyes no rigen sino desde su promulgación, el Sr. Moncasti resolvió consulta tan sencilla al contrario, y el Sr. Ulloa tuvo que modificarla.

No le falta razón al ministro, que desea funcionarios inteligentes e ilustrados, a quienes confiar con tranquilidad asuntos tan importantes, como lo son los de Gracia y Justicia.

Sea por esta oposición de Ulloa a los progresistas que hay en Gracia y Justicia, ó sea que se recela algo de los unionistas, Sagasta también se prepara a separar a todos los gobernadores de unión liberal y a los funcionarios que de dicho partido hay en Gobernación.»

*La Esperanza* no puede creer que haya gente capaz de llevar a cabo el infame proyecto que se dice han concebido algunos malvados, en odio al partido carlista. El proyecto a que se refiere aquel periódico es el de lanzarse a la calle unos cuantos pillastres gritando *¡Viva Carlos VII!* gritó a que se espera que contesten los verdaderos carlistas de Madrid, con lo cual se pondrá al Gobierno en el caso de dar una batida, declarando después a Madrid estado de sitio. Quedan advertidos nuestros amigos, añade *La Esperanza*; queda advertido el Gobierno.

*La Correspondencia* no da más tiempo de vida a la coalición ministerial que el necesario para aprobar las actas, y la contestación al discurso de la corona. Verdad es que el mismo periódico observa que la discusión de las actas será larga y tempestuosa por el número y gravedad de protestas que traen muchas de ellas. El diario noticiario añade que en la cuestión de presupuestos será imposible mantener el equilibrio de las fuerzas ministeriales.

Fácil es que la excisión tenga lugar antes de lo que supone *La Correspondencia*, porque si algún asunto se presta a resentimientos, excisiones y escándalos es la discusión de actas, y sobre todo de actas tan sucias como las confeccionadas por los amigos del ministerio.

A la estadística de diputados que ayer mañana publicaba *La Iberia*, opone *La Correspondencia* otra que ha visto, en la cual los ministeriales no pasaban de 206, y los opositores ascendían a 146.

El Gobierno, sin embargo, tiene confianza en aumentar sus huestes con las elecciones de las Antillas, y acaso por esto creese que de un día a otro se dé la orden para que Cuba y Puerto-Rico procedan a elegir diputados. Deseamos a nuestros hermanos de Ultramar menos asesinatos, apaleamientos y escándalos que hemos presenciado en la Península.

Nuestros lectores recordarán la imprudencia con que el diario noticiario se apresuró a desmentir noches pasadas rumores de trastornos en Barcelona que solo él había oído, tampoco habrán olvidado que estos rumores coincidían con la llegada a la capital del principado del señor duque de Montpensier. Mas aun tendrán presente el gravísimo y significativo párrafo que ayer tomamos de *La Epoca*, anunciando misteriosos sucesos en Valencia para antes de Pascua. Pues bien, correctivo al imprudente suelto de *La Correspondencia* y al intencional párrafo de *La Epoca* deben ser estas líneas anoche escribe *La Política*:

«Noticias que nos suministra un viajero, llegado esta mañana por el tren de Francia, dicen que en la frontera reina bastante agitación carlista, no obstante la internación de los refugiados que el Gobierno francés está haciendo con todo rigor. Ayer, sin embargo, penetraron en nuestro territorio, y se han repartido en diferentes puntos de la línea del Norte, algunos agentes carlinos, de los cuales uno parece ha llegado hasta Madrid.

En Zumárraga fué preso anteyser un personaje de este partido, a quien se le ocuparon papeles importantes; pero no es cierto que D. Carlos esté en Burdeos ni que Cabrera se halle dispuesto a moverse de Lóndres.»

Bien se atiende a la marcha de los acontecimientos políticos en España ó fuera de España, es indudable que nunca el partido carlista se ha encontrado en circunstancias más favorables que en el día. Desacreditados los partidos revolucionarios, gangrenado el liberalismo por sus vicios, harto el país de ambiciosos y aventureros políticos, apenas hay español que en vez de cuidarse del medro personal busque el bien de la patria, que no vuelva la vista al gran partido carlista, único que a los grandes vicios del sistema liberal puede oponer una pureza y rectitud de intención por sus propios enemigos confesados. De aquí el aumento que todos los días tienen sus filas, aumento tan notable por el número como por la calidad de las personas que se declaran carlistas.

Esta magnífica situación del partido carlista, esta superioridad sobre todos los demás partidos, y hasta la consideración cada día mayor con que se le mira en el extranjero donde de un momento a otro ocurrirán sucesos de la mayor importancia para la causa de la legitimidad y del derecho, todo lo perdería el partido carlista si este mes ó el que viene ó otro cualquiera se dejara engañar una vez más por sus enemigos y diese a Europa y al mundo un espectáculo indigno de su grandeza. Esto lo sabe el partido carlista, y por lo que lo sabe no es de temer que haga nada, absolutamente nada que pueda ser beneficioso a sus enemigos. Está, pues, tranquila *La Política*, y



cuidese de los planes y proyectos de Montpensier, que los carlistas saben lo que les conviene y no están dispuestos a perder la magnífica posición en que sus principios, la pericia de sus jefes y los acontecimientos europeos acaban de colocarle.

Para que en la España revolucionaria todo esté a una misma altura, parece que los demócratas arden en deseos de aristocratizarse con un título nobiliario. Para ocultar en parte su flaqueza, alegan como absolutamente necesario el rodear a D. Amadeo y su esposa con nueva aristocracia, ya que la antigua da en la manía de no acercarse al palacio. Los deseos de esos pobres hombres están a punto de verse satisfechos, si como dice un periódico, solo se aguarda a la elección de senadores para tomarla por base o punto de partida en la concesión de títulos nobiliarios.

Acaso este explique las muchas aspiraciones al cargo de senador que de pocos días a esta parte se advierte en los amigos del Gobierno y más aún en aquellos que acaban de recibir un desengaño en las elecciones de diputados.

Sea de esto lo que fuere, el caso es que al *Euzalduna* de Bilbao escriben de esta corte que la cosa va de veras, que está formada la lista de los títulos y grandezas que han de concederse, y que se adjudicará un ducado al Sr. Zorrilla, y marquesados, condados y baronías a muchos progresistas, demócratas y fronterizos.

Ayer tuvo lugar el consejo de guerra para juzgar al teniente coronel de artillería D. Joaquín Ceballos Escalera, por el hecho de haberse negado a jurar a D. Amadeo. La pena impuesta al Sr. Ceballos fué privarle de su empleo.

Para esto se ha tenido al ex-teniente coronel de artillería preso o detenido más de treinta días. Nosotros desafiáramos al tratadista de derecho penal más consumado a que nos justificase en el terreno de los principios esta detención. Porque francamente, para declarar paisano al Sr. Ceballos Escalera no vemos ninguna necesidad de tenerle sujeto. La prisión preventiva se admite solo como un medio de asegurar el castigo; y cuando el castigo está asegurado sin ella, como parecía en el caso presente, no hay poder en la sociedad para privar de su libertad a un hombre inofensivo. Por lo demás, seguros estamos de que el Sr. Ceballos estará agradecido a los señores jueces por la condena que le han impuesto, porque en el mero hecho de negarse a prestar el consabido juramento, bien claro daba a entender que no quería continuar perteneciendo a la milicia. Además, el Sr. Ceballos, según tenemos entendido, aunque militar no cobraba un cuarto del Estado.

De todas partes recibimos noticias que demuestran los propósitos de algunos ministeriales de excitar la indignación de nuestros amigos y lanzarlos imprudentemente a peligrosas empresas que hubieran dado al Gobierno la fuerza que le falta. Pero nuestros amigos han sabido en todas partes moderar su justa ira y no malgastar su indispuntable valor.

Hé aquí lo que dicen de Vich al *Diario de Barcelona*:

«Calmada ya un tanto la agitación promovida por los acontecimientos del sábado, tomo de nuevo la pluma para poner en su verdadero lugar, o mejor, para explicar un hecho que ha alarmado sobremanera, aunque sin motivo fundado, a este vecindario.

Parece que algunos jóvenes que militan en el partido carlista, viendo el atropello ineficaz efectuado a la luz del día y al son del himno de Riego, en los tres colegios electorales, no podían contenerse y se hubieran lanzado a vías de hecho, contra el expreso mandato de la Junta católico-monárquica, a no retirarse del teatro de estas escenas; lo verificaron marchándose a recorrer algunos pueblos vecinos; lo que ha dado margen a creer que se habían levantado para empezar una guerra civil, o formar una cuadrilla para inquietar a cuantos bien les pareciese.

Nada de esto, y tengo una satisfacción en consignarlo: pasada la primera efervescencia, han escuchado una voz amiga: tal ha sido la de la indicada Junta, y están prontos a volver a sus casas, con el beneplácito de nuestras autoridades, que solo ven en ellos jóvenes irritables, pero de ningún modo criminales ni perturbadores del orden público.

La Junta monárquica, calmando la imaginación de estos jóvenes y haciéndoles ver lo que podía exponerlos su fogosidad, ha hecho un bien inculcable que deben apreciar mucho. También debemos agradecerles que en las actuales circunstancias hayan predicado a sus numerosos representantes la legalidad, la paz y la esperanza, evitando así la efusión de sangre y otras escenas no menos sensibles y deplorables.

Según se me acaba de asegurar, *La Patria* no tardará a sostener sus principios en la arena periodística, serenado ya el cielo político y calmadas las pasiones excitadas por la última lucha electoral.

## ESCÁNDALOS ELECTORALES.

Nuestros amigos de las Baleares que tan alto han puesto el pabellón carlista en las pasadas elecciones, nos ruegan que hagamos público que no es cierto, como ha dicho *La Epoca*, que anduvieron en tratos con los partidos liberales, pues los católicos-monárquicos de Mallorca, prefieren la derrota a formar alianzas con sus adversarios políticos.

Nosotros tenemos el mayor gusto en consignarlo, añadiendo que el triunfo de nuestros amigos en cinco distritos de Mallorca, es tanto más notable cuanto que se ha obtenido sin juntas preparatorias, ni manifestes, ni artículos de periódico, ni jefes, ni plan alguno. Ha bastado que la última hora se diese el grito de *a ellos* para que la inmensa mayoría de aquel honrado y cristiano pueblo, se lanzase decidido a las urnas a dar público testimonio de su fe política, y sobre todo de su ardiente fe religiosa, sobrecitada por la persecución sistemática de los revolucionarios contra la Iglesia.

Nosotros felicitamos con alegría a los intrépidos mallorquinos, y les felicitamos doblemente por haber alcanzado tan insigne triunfo, sin tratos con nuestros decididos adversarios, los liberales de todos matices.

Si no estuviera ya hecho en el corazón de España el proceso del Gobierno, bastaría para ello las pasadas elecciones. Continuamente estamos recibiendo cartas de provincias que nos dan noticias de muertes, heridas, atropellos, vejaciones, incautaciones de votos y otros ardidcs liberales. Pero llega a su colmo el escándalo cuando tales cosas suceden a las puertas mismas de la capital, donde parece que la acción del Gobierno había de ser más eficaz, siquiera por lo inmediato. En Aranjuez, donde gracias a la partida de la Porra nuestros amigos no pudieron intervenir las mesas, da ciento cincuenta votos que tuvo el primer día el candidato carlista Sr. Brevia, solo le dejaron veinte y tres, lo cual, visto por nuestros correligionarios, acordaron retirarse para no dar más vo-

tos al Gobierno. Pero donde el atropello ha llegado a lo último ha sido en Ciempozuelos. Llevaban los carlistas en los dos primeros días ganada la votación por cinco votos; los liberales habían agotado sus fuerzas, y a los nuestros les quedaban ciento diez votos para asegurar del todo la elección en el tercer día.

No habiendo otro recurso para ganar, apelaron algunos amigos de la situación a sus acostumbrados ardidcs; tocaron alarma y algunos voluntarios empezaron a palos y tiros con los carlistas que comprendiendo que *aquello podía venir de lo alto*, tuvieron a bien retirarse huyendo a sus casas. Uno de aquellos valientes puso una pistola al pecho al Sr. D. Jerónimo del Moral, hijo de uno de los hacendados más ricos y respetados del pueblo, pero afortunadamente faltó el tiro, y llegó al escándalo hasta el punto de que una persona hoy de gran viso en el pueblo, y según noticias licenciado de presidio, capitaneaba una de las turbas, dando gritos de ¡ellos! ¡muera los carlistas! ¡viva Amadeo! excitándolos contra el Sr. Moral (padre), aunque sin lograr su infame intento, porque las mismas turbas se detuvieron antes de ofender a una persona que es estimada de todos en aquel pueblo. No sabemos quién haya dado la consigna, solo se nos dice que la Guardia civil, cruzada de brazos, no fué a defender a los carlistas atacados, y a poner paz y orden en aquellos atropellos.

Así anduvieron algunos valientes voluntarios toda la noche tocando el trágala, apedreando ventanas y desatándose en voces y mueras, tanto que algunas personas de las más principales del pueblo, entre ellas el Sr. Moral, tuvieron que salir a deshora y a pie a tomar el tren de Valdemoro por no contemplarse seguros. Con esto los provocadores lograron su intento de hacer retirar a nuestros amigos y tener por suyo el tercer día para dar el triunfo al candidato del Gobierno por medio de aquellas saúves y morales influencias. Esto no tiene nombre, ni hay palabra bastante dura para calificarlo. Cuando una sociedad llega a tal envilecimiento, es cosa de que todos los hombres honrados vayan por las calles armados de trabucos y dispuestos a hacerse justicia por sí, y sobre todo a defenderse.

Si fuéramos a copiar cuanto se escribe de las pasadas elecciones, ocuparíamos diariamente las columnas de *EL PENSAMIENTO* con el relato de crímenes, fraudes y ardidcs, si no nuevos en este género de luchas, cometidos con tanta desenvoltura como falta de aprensión y hasta de pudor político. Los radicales han arrojado la careta por inútil, y si fuéramos propensos a pensar mal, diríamos que no parece sino que algunos amigos del Gobierno se proponían menos sacar triunfantes sus candidaturas, que excitar a las oposiciones, y provocarla a una lucha material, como quien presente que solo así podía prolongar por algún tiempo la situación que le va faltando. Afortunadamente el partido carlista ha dado tantas pruebas de prudencia como valor, porque valor y grande se necesita para oír impasible los dictérios y amenazas del adversario, y presenciar tranquilo los apaleamientos, las heridas y las muertes de que han sido víctimas muchos carlistas.

Sin esta prudencia, sin esta verdadero valor de nuestros amigos, hoy probablemente estaría declarada toda España en estado de guerra, y por experiencia sabemos que estas declaraciones, aunque inconstitucionales y penadas por las leyes, duran meses y meses por voluntad ministerial en situaciones progresistas.

Vean ahora nuestros lectores la continuación de la historia de los atropellos electorales.

Dice un periódico de Santander:

«Ayer tuvo lugar en el ayuntamiento de Enmedio el hecho más vandálico y criminal que registran los anales de la historia. Cuatrocientos electores carlistas contra treinta y siete sobyanos, enfrente de los voluntarios de la libertad y todo el pueblo de la Guardia civil, emitieron sus votos por papeleta descubierta de un pliego de papel, sin que los intimidara las amenazas de algunos imprudentes, ni la actitud de la gente armada, ni las voces del juez de primera instancia, ni la orden comunicada a los guardias de hacer fuego al menor síntoma de alteración.

Cuando la votación de los carlistas iba ya muy adelantada, un hombre, cuyo recuerdo me causa náuseas, apareció en el local llevando debajo de su capa otra urna que debía suplantar la que estaba encima de la mesa, en el momento en que el presidente, fingiéndose enfermo gritaba diciendo que se acercaba la hora. D. J. .... que se apercibió en seguida de la infamia que se iba a cometer, se arrojó sobre el hombre e intentó arrancarle la urna que llevaba debajo del brazo. Yo le cogí por detrás, y, en medio de la mayor indignación denuncié en alto la iniquidad proyectada, pidiendo que se administrara justicia. En este momento subió el juez, *revolver en mano*, y después de grandes esfuerzos, convencidos los ministeriales de que por entonces no podían consumar su criminal intento, nos hicieron mil protestas, de que, bajo palabra de honor, ni se había cambiado ni se cambiaría la urna, de lo cual nos convencimos cuando se hizo el escrutinio, asegurándonos que habíamos de quedar contentos.

Sin embargo de que yo manifesté en alta voz que no creía en tales palabras, pudo conseguirse por de pronto la calma en los exaltados ánimos de los carlistas presentes; pero faltaba la gran masa de electores que por habérselos impedido la entrada en el local contra lo dispuesto terminantemente en la ley, estaban en la calle en una actitud aterradora, dispuestos a caer sobre la fuerza armada que, con bayoneta calada, los estaba apuntando.

Suministrábase la pared de una cerca todo lo que los carlistas necesitaban para haber debaratado esa fuerza, y conociendo el juez, el alcalde y el secretario del ayuntamiento el gran peligro que amenazaba sus vidas, me suplicaron una y muchas veces que les dirigiese la palabra, y tuve que hacerlo, bien a mi pesar, aunque me felicite de ello en este momento.

Reinó en seguida un sepulcral silencio, siguiendo luego la elección con más espíritu todavía por parte de los carlistas. En este intermedio apuntaron varias veces a mi hermano M. .... y aun se oyó la voz de «fuego»; en cuyo instante se acercaron a su lado para ampararse varios amigos, con quienes se cometió la infamia de prenderlos por aquel rasgo de humanidad.

Concluida la elección, y cuando se le antojó al presidente, es decir, cuando había menos de los nuestros, empezó el escrutinio, mandando subir a toda la guardia civil con el orden de no dejar entrar a nadie, menos al hombre de la urna, que atravesó por las filas de la gente armada. Entonces se vio clara y distintamente entre gritos de desesperación y locura, cómo se quitó la urna en donde se habían depositado las papeletas de los carlistas de encima de la mesa, y colocándola en un rincón del local, fué reemplazada por otra.

Algunos carlistas saltaron por encima de las bayonetas; pero solo pudieron contemplar el resultado de la más horrenda de las traiciones, la más repugnante de las infamias, la más irritante de las iniquidades. Todos aquellos votos de los carlistas resultaron, por el robo de la urna, a favor del ministerial.

A última hora hemos vuelto a tener noticias del ayuntamiento de Enmedio. Según nos dicen, no se les ha admitido a los carlistas la protesta que han levantado contra la *proeza*, digna de cafres, que en aquel colegio hicieron los amadeístas, a pesar de

habérselos dado palabra de honor de que se la admitirían.

«Palabra de honor! ¿Sabe esa gente siquiera lo que es honor? Y después se extrañará que llegue el día de la justicia....»

Sobre el escrutinio del distrito de Palencia dice *La Esperanza*:

«Hecho el escrutinio general para diputado en el distrito de Peñafiel, después de varias peripecias que sucedieron hasta en este acto, nuestro amigo y correligionario Sr. Lirio, hijo del pueblo y muy querido en toda la provincia de Valladolid, solo resultó con 3,338 votos, y su contrario el ministerial, que nadie conoce, con 4,704, que unidos, hacen un total de 8,042 electores, a los que hay que añadir algunos más que tuvo un candidato republicano. Por esta enorme suma de electores puestos en movimiento, la cual creemos exacta y ajustada a las listas publicadas antes del acto, comprendemos que la lucha haya sido feroz, estando persuadidos de que ni aun los enfermos han dejado de ejercer su derecho soberano para reemplazar a los muertos y los ausentes, que naturalmente habrían disminuido algún tanto el padrón.»

Asegura un periódico que Alicante, con motivo de las elecciones, se convirtió en mercado, donde los votos se compraban con el mayor descaño a cualquier precio; así es que el oro se derramó con abundancia inusitada.

Un periódico liberal publica una carta de Zamora, de la que tomamos algunos párrafos relativos a los sucesos de Benavente:

«El gobernador, dice la carta, salió anoche para Benavente, en donde hubo ayer tiros, muertos y heridos entre los paisanos y la Guardia civil.

Proclamado diputado el Sr. Bobillo por 70 votos de mayoría, como dejamos dicho, ya se notó en el salón electoral bastante agitación, que obligó al juez de primera instancia, presidente de la junta de escrutinio general, a mandar desear. Después los amigos del marqués de los Salados dieron a esta serenata, aunque viciada. Mas tarde dieron otra al Sr. Bobillo sus partidarios; pero contra la casa de este dispararon pedradas y tiros sus adversarios (tengase en cuenta que es un liberal quien habla). Entonces el alcalde (otros dicen que el juez de primera instancia) declaró en vigor la ley de orden público (ya tiene un imitador el gobernador de Soria). Esta declaración se hizo por medio de un bando que el pregonero publicaba por las calles acompañado de algunos guardias civiles; pero los paisanos dispararon contra ellos y los arrollaron. Los guardias se defendieron disparando a su vez, y resultaron dos niños muertos, según se dice, y algún herido. El gobernador marchó de aquí a media noche con el comandante de la Guardia civil y alguna fuerza de esta arma.

Y ya que de disturbios hablamos, en el pueblo de Villarin de Campos hubo el segundo día de elecciones palos y heridos con motivo de estas.

En el distrito de Ciudad-Rodrigo el candidato del Gobierno aparece vencedor del carlista señor conde de Villalobos por 172 votos. Mas parece que para obtener esta escasa mayoría, ha sido preciso, aparte de la intervención constante y abusiva del brigadier gobernador militar, hacer en secreto y faltando a la ley el escrutinio en Navasfrías, Gallegos de Argaña y Alamedillo, pueblos de los confines del distrito, donde las listas de la votación no han sido expuestas al público. Esta acta no será seguramente de las que menos den que hacer en el Congreso.

Más grave aun es lo que ha sucedido en la provincia de Badajoz al republicano D. Nicolás Salmeron que luchaba con Malcampo.

«No sé si dije a Vd. escribo un corresponsal, que la Guardia civil salió a los caminos para detener, como lo hizo, a los electores que venían a engrosar las filas de los coligados. Esto es nuevo, y por tanto merece el privilegio de invención.

El Gobierno ha tenido en la capital, 1,400 votos de los militares, 300 empleados, 200 de la población total, 1,900.

Las oposiciones han obtenido 2,400, todos independientes. Juzgue Vd. de la popularidad del Gobierno. En el distrito ha triunfado la coalición carlo-moderada-republicana, que aquí ha sido una verdad, por más de 500 votos a favor del Sr. Salmeron. Ahora entra lo bueno. Ayer se constituyó la junta por el escrutinio general, y se tocó el caso de que actas de los dos días primeros de elección del pueblo de Barcarrota, dice el Gobierno que no las ha recibido, y por lo tanto no se presentaron, si bien traían los secretarios y comisionados sus copias y certificaciones. Advierto a Vd. que en dicho pueblo son todos republicanos.

El juez, que sin duda hablaba por boca del Gobierno, se resistió y no quiso que se computasen los 500 sufragios de Barcarrota, y la mayoría, esto es, once secretarios de los quince opinaban lo contrario. Así se estuvieron desde las diez de la mañana hasta la una de la madrugada. Entre tanto, el pueblo se alarmó, la Guardia civil con armas y sus jefes a la cabeza se posesionó del local. Lo mismo hizo la vigilancia pública. Por último, no pudiendo vencer el juez la justísima resistencia de los secretarios, nombró por sí otros, y con ellos proclamó a Malcampo. Los once secretarios a su vez, con más derecho, puesto que eran la mayoría, proclamaron a Salmeron por 500 votos de mayoría, extendieron su acta y protesta y la firmaron. El juez no quiso firmarla, y un escribano dió fe de ello y lo consignó. Lo mismo sucedió con el gobernador. En estas diligencias han tomado la iniciativa los jefes de los partidos moderado, carlista y republicano. Por consiguiente, nos encontramos con dos diputados en vez de uno.

Bien merece quedar consignado en esta sección lo ocurrido en Bermeo. Parece que poseionados de las mesas de los cuatro colegios de la población cuatro liberales afectos al Gobierno, se dieron tan buena maña que en un pueblo de 8,000 habitantes no encontraron personas que supieran leer y escribir para constituir las mesas. Gracias a este recurso, las mesas no se constituyeron con gran satisfacción de los amigos del Gobierno ni hubo votación, y nuestro amigo el Sr. Vildósola perdió algunos centenares de votos.

Como complemento de este relato parecemos oportuno copiar algunos párrafos de un artículo que *La Epoca* dedica a los abusos electorales:

«En vez de desmentirse las noticias de desmanes, violencias y escandalosas ilegalidades cometidas en las elecciones generales, dice, aumenta cada día el número y gravedad de las que se reciben. Lo sucedido en los escrutinios parciales de los colegios electorales, es, según parece, menos malo que lo practicado en los generales de cada distrito. Las reclamaciones son universales. Jamás se ha visto tal unanimidad de la opinión pública para protestar contra el fiscoamiento de los resultados de las elecciones.

Muchos candidatos ministeriales, que todo el mundo creía derrotados, habiendo confesado su derrota hasta los periódicos ministeriales, resultan ahora que son los vencedores. De un distrito se dice que el cambio completo del resultado de la elección ha procedido de que los secretarios de las secciones, en que los ministeriales habían ganado las mesas, han presentado actas en que los amigos del Gobierno aparecen con mayor número de votos dados a su favor, del que podría darles la unanimidad de los electores de los pueblos respectivos. Hay otros distritos en que el escrutinio general no ha podido hacerse en menos de veintidós horas, y ha terminado con el triunfo de los más tercos. En unas partes, se ha negado los certificados de los escrutinios diarios para que luego no pudiera formularse censura alguna sobre la diferencia de sus guarismos con los del

general. En otras, centenares de electores están dispuestos a declarar que no han tomado parte en la elección, a pesar de que consta oficialmente que todos han acudido al colegio electoral; en otras, por el contrario, los ciudadanos se encuentran con la sorpresa de que no aparecen en los resúmenes oficiales los votos que han dado.

Alguien llamó a Lázaro al primer candidato ministerial, que después de enterrado en las urnas, ha resucitado a la potente voz de los encargados del escrutinio general; pero después ha habido cuatro, ocho, diez Lázaros. Un periódico llega hasta afirmar que estas resurrecciones han sido celebradas con gran alborozo en un alto centro oficial.

No sabemos hasta qué punto la pasión política exagerará las ilegalidades cometidas; pero desde luego es evidente que la opinión pública parece haber formado su juicio definitivo, y que las defensas de la prensa ministerial no corresponden a los ataques de la oposiciónista.

En Tarazona fué bárbaramente asesinado un sacerdote que se ocupaba en favorecer la candidatura de oposición. En Caravaca ha sido víctima de una agresión brutal y aleve una digna persona, por el crimen de su parentesco con el candidato moderado, vencedor en aquel distrito. El alcalde de San Roman ha fallecido bajo el puñal de los asesinos, por querer conservar el orden en las elecciones. En Tortosa, en Velez, en Sueca, en Benicarló y en otros pueblos se han cometido igualmente homicidios. En Sos, el presidente del comité republicano y un hermano suyo, que trabajaban por el triunfo de sus ideas en las elecciones, han sido también asesinados. En Madrid mismo se ha andado a tiros dentro de un colegio electoral.

En Vich han sido destruidas las urnas por turbas de gente armada. En Orihuela, los alborotadores han perseguido a los electores en las tiendas de comercio y hasta dentro de la catedral. En Motril, en Cibra, en Búrgos, en Medina, en otras muchas partes, se han presenciado parecidos desórdenes. Esto refieren diariamente los periódicos de la oposición. ¿Y qué contestan los ministeriales? De algunos de esos tristes acontecimientos han reproducido la noticia, sin rechazar la idea de que tengan relación con las elecciones; de otros han hecho caso omiso. No entran en el examen concreto de los hechos y se limitan a afirmar, en términos generales, que ha habido mucha paz, mucha tranquilidad, mucho orden, mucha legalidad en los actos electorales.

De nada sirven esas afirmaciones cuando todo el mundo está en el secreto; cuando todos han sido testigos, cómplices o víctimas; cuando las correspondencias procedentes de todos los puntos de España forman unánime y general protesta.

En el distrito de Albaida, por el cual triunfaron los carlistas en las elecciones municipales, ha triunfado ahora el Gobierno. El milagro se ha hecho; así lo dice una carta que de aquella ciudad publica *El Tradicional*, y de la cual tomamos lo siguiente:

«Ollería, pueblo del distrito, muy realista, vió salpicadas de sangre sus calles tres días antes de la elección. Era preciso aterrar al partido, y nada más conducente que asesinar a dos inocentes carlistas que salían a hacer una visita. De ellos murió uno en el acto, y el otro quedó con la mano destrozada por los tiros. Para colmo de cinismo hubo hombre que tuvo la desvergüenza de insultar y amenazar a una honrada persona que se había lamentado con amarguísimo acento del crimen cometido.

En Benidjar y Otos, amenazados los nuestros si iban a depositar sus votos, se vieron obligados a no salir de casa y no dar ni un solo voto. En Salem, uno de esos caiques traficantes en votos, amparado por su propia autoridad, hablaba de funestas consecuencias si se atrevían los carlistas a acercarse a las mesas.

En Beldaga se arrestaba en su propia casa con todos sus jornaleros a un honrado y acomodado labrador que se había atrevido a ir a votar, después de haberle impedido a viva fuerza que atravesara la puerta del colegio electoral.

En Benifayó han ocurrido cosas análogas, según una carta de aquel punto que dice:

«Con el fin de que se obtuviesen de votar nuestros amigos el día 9, primero de elección, al regresar de Simat nuestro presidente de la junta católico-monárquica, sobre las seis y media de la tarde; le salieron seis individuos al camino y le dispararon dos tiros que, afortunadamente, no le tocaron; y no satisfechos de su obra, le persiguieron hasta cerca del pueblo.

Al secretario de nuestra junta, pocos días antes de las elecciones, le dispararon un trabuazo a la puerta de su casa, serían las diez de la noche.

Y lo que es más, no existiendo en España ninguna ley que dé derecho electoral a las hembras, en el segundo día de elecciones emitieron el sufragio veinte y tantas mujeres, cuyos nombres no aparecieron en las listas de los votantes.

El último de elecciones, por la noche, aporrearon las puertas de algunos carlistas, no sin cometer otros excesos.

La misma carta de Albaida a que antes nos hemos referido, dice:

«No puedo dejar de hacer mención en esta del valor, decisión y entusiasmo con que han luchado los carlistas de Onteniente, Benigüim, Luchente, Aljorfi, Benicollé y alguno que otro pueblecito donde se ha podido votar. Onteniente ha dado a nuestro candidato una mayoría de más de 500 votos; Benigüim de 160, y eso que los republicanos, desleales aquí como en toda la provincia a la coalición, han volado al ministerial. Honra este resultado la religiosidad y sentimientos legitimistas de estos pueblos.»

La Paz de Murcia, de anteayer, dice lo siguiente:

«Dos nuevos asesinatos se han cometido en Caravaca; el uno, en la persona de uno que censuró el alvoso atentado efectuado con el Sr. Bolt, y el segundo en represalias de la muerte del primero. «No es envidiable el sistema!»

La diputación provincial de Valencia se halla, poco más o menos, tan entrapada como todas las de España. Un solo de sus establecimientos, el Hospital, debe más de 30,000 duros.

Leemos con gusto en *El Oriente* de Sevilla de ayer:

«A las once de la mañana de hoy abjudicará solemnemente el Pro. D. Antonio Sánchez Meneses en el Sagrado de la Santa Iglesia Catedral los errores que tuvo la desgracia de seguir, reconciliándose con Nuestra Santa Madre la Iglesia Católica.»

El mismo periódico dice lo que sigue:

«El Sr. gobernador de la provincia ha tenido la atención de trasladarnos el siguiente telegrama: «El ministro de Hacienda al gobernador civil de Sevilla:»

«El director del Tesoro dá la orden para satisfacer todos sus atrasos a la fábrica de la Santa Iglesia. Serán pagados en el acto y en su consecuencia espero que V. S. evitará que con tal pretexto se suspenda ninguna función religiosa.»

«Ya no falta más, que así como se dá la orden, se del dinero, y que no pase este año Cabildo los trabajos que el año último para cobrar la cantidad ofrecida por el Sr. Machado y Nuñez.

Aplaudimos el celo e interés que muestra el antiguo secretario de la Conferencia de San Vicente de Paul, y ministro hoy de D. Amadeo, por el esplendor del culto católico.»

Dice *El Puente de Alcolea* que si fuese cierta la

noticia sobre concesión de nuevas gracias a los oficiales del ejército que cuentan 16 años de antigüedad en sus empleos, correspondría la gracia a 26 tenientes coroneles, 63 comandantes y 123 capitanes; de modo, que el reemplazo en todas tendría un considerable aumento, que difícilmente podría extinguirse, y se originaría a los ascendidos un perjuicio dejándoles de reemplazo por tiempo indefinido, puesto que al ingresar en la escala superior lo verifican todos en mayor número que vacantes habrían quedado por ascenso a consecuencia de las gracias.

Dice un periódico, ignoramos con qué fundamento, que al reunirse en Bilbao los compromisarios, una gran parte de ellos protestaría contra la autoridad de la diputación local nombrada gubernativamente, dando este resultado la suspensión de la elección de senadores. Nosotros creíamos que podría conciliarse la protesta con la elección.

Según *La Correspondencia*, algunos de los hombres más importantes del Congreso sobre cuya indecisa actitud se hacen comentarios, aprovecharán la primera ocasión para hacer declaraciones terminantes, que no se harán esperar.

Parece que el gobernador civil de Avila piensa dejar dicho cargo, disgustado por las elecciones. Así lo ha oído *El Leon de Castilla*, apreciable periódico de dicha ciudad.

## CORREO DE HOY.

A la hora de entrar en prensa nuestro número, no hemos recibido el correo extranjero. Ignoramos la causa del retraso del tren.

Cuando el telégrafo anunció el *motin de Roma* contra los jesuitas, manifestamos nuestro convencimiento de que todo ello había sido un alboroto promovido sin causa, ni pretexto siquiera, por alguna turba de revolucionarios, con el fin de secundar al Parlamento en su proyecto de desterrar a los individuos de la ilícita compañía. Después hemos visto que la petición contra los jesuitas no había llegado a reunirse en Roma diez mil firmas, al paso que la contra-petición tenía ya más de treinta mil, lo cual prueba que los motines no habrán sido muy grandes, pues que la población de Roma quiere y respeta a la Compañía de Jesús.

Esto se ve plenamente confirmado por la siguiente carta de Roma, fecha 11, que publica la *Convicción* de Barcelona, y explica los sucesos que anunció el telégrafo:

«La célebre teoría de la Iglesia libre en el Estado libre, llevada al terreno práctico por obra y gracia de nuestros regeneradores está dando sus naturales frutos. El católico pueblo romano ha sido nuevamente insultado por una turba de desalmados; la Iglesia y la Religión se han visto de nuevo villanamente escarnecidas; las autoridades han probado una vez más de cuánto prestigio gozante el pueblo y cuán imparcial es el criterio que les dirige. Y es natural que así suceda, otra cosa no es de esperar del desbarajuste político que nos aflige. Excuso comentarios y vóme derecho al asunto.

Anteayer, día 9, una numerosa concurrencia llenaba el vasto templo de Jesús, situado en la plaza del mismo nombre. Un célebre orador jesuita, el padre Tommasi, subió a la sagrada cátedra y con la elocuencia calorosa que le distingue, empezó a desarrollar el tema de su sermón, demostrando de una manera irrefutable las heregias que entrañan las teorías políticas, hoy desgraciadamente tan en boga. El más religioso silencio reinaba en el templo y el auditorio estaba como pendiente de los labios del orador cuando se oyó un *mentis* salido de un grupo de jóvenes que, vestidos con el uniforme de la guardia nacional, ocupaban uno de los ángulos del templo y con aire bravucon y descarado continente habían intentado ya varias veces desde el principio del sermón, interrumpir con ruidos al orador.

Algunos jóvenes católicos, indignados a la vista de tal atrevimiento, encarándose con los promovedores del desorden les invitaron a que se salieran a la calle y a que repetirían tales insultos. Al propio tiempo que el desorden y la confusión crecían en el templo, discurren por las calles inmediatas multitud de hombres que, armados con garrotes y revolvers, parecían dispuestos a penetrar en la iglesia y dar una lección a los clericales. El superior de los Jesuitas mandó cerrar las puertas del templo, pero ¡ni por eso!

Los desalmados, no contentos con gritar y aullar mueras a los Jesuitas y vivas a Garibaldi, empezaron a tirar piedras a las ventanas y puertas del templo. Como es natural, los vecinos cerraron las de sus casas, y hubo corridas, y gritos, y sustos.

A todo esto las autoridades no se mostraban en parte alguna, y la bulla y los gritos de unos y otros iban en aumento. Renunció a pintar el miedo que se apoderó de la multitud que llenaba la iglesia. Por fin, después de hora y media de angustias mortales, y cuando los agresores iban ya a forzar las puertas de la Casa de Dios, apareció en la embocadura de la calle de Jesús un piquete de caballería que a galope tendido dispersó a los alborotadores. Las personas que no habían podido salir del templo, y eran las más, regresaron entonces a sus casas, y por la noche el orden se había restablecido completamente.

Ante tamaños escándalos, ¿qué dire que no pareciera débil y descolorido? Los hechos hablan elocuentemente; comentarios sería inútil de todo punto.»

## ÚLTIMA HORA.

### TELEGRAMAS.

(De la Agencia Fabra.)

BERNOS, 17.—Un telegrama de Viena niega la existencia del tratado de alianza entre Turquía y Rusia de que han hablado algunos periódicos.

NOTA. Siguen faltando telegramas de París. No se han restablecido aun para el público las comunicaciones telegráficas con dicha capital.

LONDRES, 16.—En la Bolsa se han cotizado: Consolidados ingleses a 92. El 3 por 100 francés a 52 1/2. El 3 por 100 español a 30 7/8. Según las últimas noticias de París el Sr. Vinoy prohibió las máscaras y los bailes que suelen celebrarse el tercer jueves de Cuaremas.

LONDRES, 17 (por el cable).—En la Bolsa se cotizaban: Consolidados ingleses, a 91 1/8. 3 por 100 francés, a 52 1/4. 3 por 100 español, a 30 7/8.

### BOLSA DE HOY.

Renta perpetua al 3 por 100, publicado, 26-50, 45, 65, 70, 75, 70 y 65; pequeños 26-75; a plazo 26-70 y 75 fin cor. fr.; 26-55, 65 y 70 fin próx. fr. Renta perpetua exterior al 3 por 100, publicado, 31-05 y 40; no publicado 31-25 y p. Billees hipotecarios del Banco de España, 2.ª serie, publicado, 97-65. Bonos del Tesoro, de 4, 2,000 rs., 6 por 100 interés anual, publicado, 74-75, 70, 80, 85 y 70. Obligaciones generales por ferro-carriles, de 2,000 reales, publicado, 49-65. Idem, id., id., (nuevas), de 2,000 reales, publicado, 49



